

## HONORIO DELGADO, Y EL PSICOANALISIS

Por GUILLERMO VIDAL

El nombre de Honorio DELGADO suscita en mí extrañas, hondas, misteriosas resonancias personales. Durante mucho tiempo me pregunté por qué ocurría esto. Hasta que hace poco, ya libre de las presiones ideológicas que sofocaron al mundo -y al mundo de mi conciencia en particular- durante casi medio siglo, entre los años 40 y el 89, comencé a ver claro por dentro. Sí, fue necesario que se desvaneciera la pesadilla del marxismo para que yo me animase a definirme. Era evidente: Honorio DELGADO, al igual que Adolfo APONTE, Andrés RIVAROLA y Gregorio BERMANN -cada uno a su manera- había constituido un punto de referencia importantísimo en el curso de mi vida.

Lo conocí a Don Honorio en marzo del 60, cuando se reunió en Buenos Aires el Coloquio Internacional sobre Estado Depresivos. (Nos habíamos encontrado los psiquiatras para festejar la aparición de la imipramina, una droga que, por entonces, se anunciaba como portadora de la felicidad). Después lo visité dos o tres veces en Lima y mantuve con él asidua correspondencia. En 1965, la Fundación Acta le rindió al maestro un homenaje conmovedor, del que participaron Leopoldo CHIAPPO, Mariano QUEROL y Alfredo SAAVEDRA.

Todos recordamos la figura procerosa, señera, señorial de Honorio DELGADO. Parecía un caballero español de rancio abolengo uno de esos personajes que el magín de Galdós echó a andar por sus "Episodios Nacionales". También los entreví alguna vez entre los concurrentes a *El entierro del Conde de Orgaz*. Magro de carnes, enjuto, espigado y sereno el rostro, el ademán parsimonioso, elegante y pulcro en el decir, tenía el empaque de un aristócrata lanzado quijotescaamente a las aventuras del pensamiento. Todo en él trasuntaba contención y medida, buen gusto y ecuanimidad. Tras el primer contacto -un tanto frío y distante, como quien estudia la situación- se descubría pronto al hombre afectuoso, sincero amable, sumamente interesado en conectarse con el prójimo. Siempre me sentí cómodo a su lado, contento del trato amistoso que me dispensaba y esperanzado de que juntos pudiéramos hacer algo por la psiquiatría hispanoamericana. DELGADO se fue en el 69, pero su memoria queda en el recuerdo con la prestancia de un arquetipo. A menudo yo lo evoco, entre asombrado y curioso, meditando sobre las contradicciones de la vida humana. Y de tanto en tanto, en noches oscuras, percibo su destello parpadeante, como si fuera un faro que guiara el rumbo

y, al propio tiempo, señalará el peligro sobre el que, solitario, emerge para bien del navegante. Iluminación y advertencia: tal es el doble mensaje que me llega del maestro cuando el rumbo se me antoja demasiado incierto.

No soy quien para glosar aquí su obra, vasta y polifacética. Otros lo han hecho ya con gran provecho, y no faltará, en tiempos venideros, quien la sitúe, con adecuación y justicia, en el contexto de las ciencias de la conducta hispanohablante. A mí no me cumple sino subrayar, muy de paso, la trascendencia que tuvieron sus publicaciones entre los psiquiatras y psicólogos de nuestra América. Me refiero especialmente a sus libros *Curso de Psiquiatría*, *La formación espiritual del individuo*, *El médico, la medicina y el alma*, *La personalidad y el carácter*, *Enjuiciamiento de la medicina psicosomática*, *De la cultura y sus artifices* y *Psicología* (escrito este último en colaboración con M. IBERICO) todos los cuales merecieron varias ediciones. También he de recordar sus dos periódicos: *La Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas*, que fundó en 1918 con H. VALDIZÁN y duró hasta el 24, y *la Revista de Neuro-Psiquiatría*, fundada con O. TRELLES en 1937 y que sigue aún hoy, firme en su puesto, bajo la tesonera dirección de su discípulo Javier MARIÁTEGUI. Estos libros y periódicos han dado fama universal al pensamiento psiquiátrico peruano y han colocado el nombre de Honorio DELGADO en la cima de las ciencias y de las letras escritas en la lengua de Cervantes.

De lo que me ocuparé ahora, especialmente, es de la relación de DELGADO con el psicoanálisis, un tema intrigante, suscitador de interpretaciones encontradas. Todos sabemos que a DELGADO se le debe la introducción del psicoanálisis en

Hispanoamérica. (Como dato minúsculo aunque de valor histórico, ha de tenerse en cuenta que el español fue el primer idioma en que se virtió el psicoanálisis fuera del ámbito alemán). En febrero y marzo de 1893 apareció en sendas revistas médicas de Barcelona y Granada, la traducción del informe preliminar de los *Estudios sobre la histeria* de BREUER y FREUD ¡un mes después de publicado en Berlín y Viena! Es de anotar, asimismo, que "un médico chileno defendió en el Congreso Médico Internacional de Buenos Aires en 1910, la existencia de la sexualidad infantil y encomió los resultados de la terapia psicoanalítica en los síntomas obsesivos", según palabras del propio FREUD en "Historia del movimiento psicoanalítico".

Con título de "El psicoanálisis" publica DELGADO un artículo en *El Comercio*, de Lima (1º de enero de 1915). En 1918 procede a sintetizar las tesis de FREUD, "todo un *novum organum* cuyas revelaciones, verdaderamente tremendas, están llamadas a subvertir la escala de valores de la superestructura conceptual tradicional". Y ese mismo año publica en los *Anales de la Facultad de Medicina de Lima*, su tesis de bachiller que, al año siguiente, aparecerá como libro, el primero escrito en español sobre psicoanálisis. A partir de ahí se convierte en un apasionado difusor de la buena nueva. Utiliza las páginas de la revista que dirige con VALDIZÁN para dar a conocer "los avances del más valioso descubrimiento de la época". DELGADO pondera el *pathos* "excelsiórico" de FREUD, su genio iconoclasta y revolucionario, promotor de quién sabe qué ideas encaminadas a la mejor formación espiritual del individuo. Por esa época, su visión es causalista, determinista y evolucionista. La vida

progresar por acción del medio externo y de los ajustes adaptativos que realiza el organismo siguiendo la tendencia del menor esfuerzo; es decir, la estabilidad, la invariación y la persistencia. Son los avatares de la libido en sus etapas iniciales los que generan el trastorno mental. En la paleopsicología radica la clave de la psicopatología. Hay que bucear en la historia personal para destrabar el presente y orientarlo hacia el ejercicio de la salud. El mismo practica el método, escrutando en su propia intimidad (una suerte de autognosis) y en la de algunos de sus pacientes, a los que llega incluso a tratar en grupos mediante conferencias.

En 1922 viaja becado a Europa y conoce personalmente al "Copérnico de la psicología". El encuentro tiene lugar en Weimar y en Viena. A partir de entonces, la relación entre FREUD y DELGADO se torna más activa y fecunda. FREUD muestra un singular interés por este inteligente psiquiatra sudamericano. Lo cita en dos de sus obras: "*Esquema del psicoanálisis*" (1910) e "*Historia del movimiento psicoanalítico*" (1914-1923). En 1927 vuelven a verse con motivo del X Congreso Mundial de Psicoanálisis, realizado en Innsbruck. A pedido de E. JONES, es incorporado como miembro de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. DELGADO le agradece a JONES la distinción, diciéndole, de paso, que "con este honor, me ha privado del goce de una completa autonomía frente a las instituciones de este género". DELGADO aprovecha su estadía en Europa para ponerse al habla con ADLER y JUNG, con WAGNER VON JAUREGG, GOLDSTEIN, VON WEISZÄCKER, KIRSCHBAUM, JELLIFFE y otros grandes psiquiatras de la época. Vuelto a Lima, comienza el drama. DELGADO se distancia del psicoanálisis sin motivos aparentes.

Después de casi 15 años de fructuosa coyunda intelectual, el entusiasta y fiel "adelantado" del psicoanálisis en América, pasa a ser un detractor sistemático y combativo del pensamiento freudiano. ¿A qué se debe tan sorprendente viraje? ¿Cuáles fueron las razones que lo llevaron a cambiar de ruta cuando todo hacía suponer que seguiría por la misma dirección?

En un intento de comprender un poco lo que pasó, y habida cuenta de que DELGADO nunca explicó, ni en público ni en privado, el porqué de su mudanza, vamos a detenernos en algunos puntos de la cuestión. El primero, el punto de arranque, es de carácter natural y geo-político. DELGADO surge a la vida en un pequeño enclave de refinada cultura europea y colonial, en un país de amerindios en lento proceso de mestización. Es cierto que, en un principio, se interesó por la psicología del aborígen y que, en 1919, proyectó un instituto de psicopedagogía para la población de la sierra. Pero el Perú indígena sólo puede interesarle como objeto de investigación científica; vivencialmente, le resulta extraño, tal vez inquietante. No es por azar que se haya referido en ocasiones a "los pueblos de culturas inferiores".

Su mirada está puesta en Europa, en las fuentes y en las lumbreras del Occidente cristiano. Ni siquiera se interesa por América del Norte, que la ve perdida por los extravíos del capitalismo y de la revolución industrial. Es claro que, frente a una sociedad estigmatizada por tan enormes diferencias raciales, el psicoanálisis no puede ofrecer mayores aplicaciones. Su método terapéutico, ingenuo y sutil, no le sirve para reme-

diar la suerte de los pobres enfermos internados en el Hospital "Víctor Larco Herrera", en el que trabaja por más de 40 años. Entonces DELGADO toma el camino de la singularidad personal, el sendero opuesto por el que optó su compatriota y coetáneo, José Carlos MARIÁTEGUI. Abandona ciertas tesis freudianas, como la de la sexualidad infantil, y modifica y rectifica otras, se acerca al pensamiento de JUNG y de ADLER y va construyendo, con audacia y rigor, una perspectiva propia del funcionamiento de la psique. Es una búsqueda prolija, obstinada, como quien traza un proyecto de vida personal, en sostenido ascenso, y se compromete a cumplirlo al pie de la letra. Desde chico, DELGADO cuida su cuerpo y su alma firme y metódicamente, siempre afanoso de la excelencia y la eficiencia. Por eso comulga con los grandes místicos españoles del Siglo de Oro, y con NIETZSCHE y KARL JASPERS. Autodidacta consecuente, convicto y confeso, no reconoce otra filiación que la de VALDIZÁN. Es elitista pero no solipsista. Cultiva con denuedo el individualismo, pero como vía de acceso a la libertad creadora, a la seguridad ontológica y, por ende, al mayor entendimiento entre los hombres. Quiero decir que DELGADO no se encarama en una torre de marfil; por el contrario sale al ruedo todos los días, el ánimo bien templado, y emprende acciones de alto porte científico y asistencial, filosófico y ético, estético y literario. Desciende pronto en los círculos intelectuales de Lima y pronto extiende su prestigio por tierras vecinas y allende los mares. DELGADO investiga con perspicua delicadeza los penetrales del alma humana, filosofa sobre el sentido de la vida -esbozando lo que él llama un idealismo objetivo- y pule su lenguaje hasta el extremo de sobresalir por el estilo

y riqueza lexicográfica en la prosa castellana de su tiempo. Aligerado ya de un ingenuo mecanicismo determinista, su modelo es ahora prospectivo, más bien teleológico. DELGADO imagina la existencia desenvolviéndose por tres etapas: la nutricia, la sexual y la espiritual. Sólo se alcanza ésta merced a la sublimación, un proceso doloroso y magnífico por el que se superan, sin negarlas, las etapas precedentes. A él se dedica por entero el resto de su vida. Por otra parte, organiza cursos, enseña todo cuanto sabe y cuando se trata de poner coto a los desatinos de los marxistas -empecinados en amordazar la cultura y aborregar la enseñanza- se juega el todo por el todo y funda instituciones, como la Universidad Peruana Cayetano Heredia, que hoy nos alberga en esta emocionante conmemoración. Por supuesto, su carácter independiente, que no admite concesiones de ninguna especie, lo hace propenso al choque y poco propicio al discipulado inmediato. En efecto, no pone mucho empeño en la formación académica de los psiquiatras, no pretende formar escuela, ni le importa quedar mal con los que disienten de sus opiniones. En cambio, cultiva con esmero el magisterio de alto vuelo intelectual, así en la cátedra universitaria como en su carrera de publicista. Hombre de principios y católico en lo creencial, DELGADO se atiene a los tradicionales dogmas cristianos y en ellos se apoya cuando se aventura por los campos del conocimiento.

Tratemos de ubicarlo en su época. Nacido en la *belle époque* y criado a los pechos de un liberalismo finisecular, cuyas emanaciones progresistas y libertarias llegan tímidamente a la conservadora Ciudad de los Reyes, DELGADO afiora por momentos la estructura social de la Edad Media, estable y cerrada, regida por la

autoridad y la jerarquía, la unción religiosa y la permanencia de los valores eternos. Fiel a este ideario, construye una teoría psicológica sobre las leyes de la herencia y realza los méritos de una voluntad que, acrisolada por los rigores del ascetismo y del heroísmo, señorea gentilmente, sobre los destinos de los hombres. Siguiéndolo con atención en sus disquisiciones acerca de la cultura, da la impresión a veces de ser un hombre del Renacimiento que todavía guarda *in pectore* un alma de señor feudal.

Con estas contradicciones dramáticas enfrenta DELGADO las grandes utopías e ideologías del siglo XX: el marxismo y el psicoanálisis. Del primero se defiende fácilmente. No puede congeniar, es claro, con la igualdad de los hombres ni con una interpretación materialista de la historia. Pero se mantiene a respetuosa distancia de los marxistas; salvo en la crisis de San Marcos, en 1960-61, nunca, que yo sepa, les presentó batalla. Es más, colaboró en *Amauta* con José Carlos MARIÁTEGUI, publicando en el primer número un artículo de FREUD: "Resistencia al Psicoanálisis", traducido especialmente para la revista por DELGADO; y después, en el segundo, un original ensayo: "¿Por qué nos gustan los ojos?" -que ya había aparecido antes, en Buenos Aires, en la revista de INGENIEROS- y una vez más, en el número 7 (mayo de 1927) con un artículo: "La rehabilitación de la interpretación de los sueños", en la que revisa las ideas de FREUD acerca de la *onirocracia* (voz acuñada por DELGADO para designar el arte de interpretar científicamente los sueños).

¡DELGADO y MARIÁTEGUI! Curioso destino el de estos dos ejemplares hazafiosos de la peruanidad... Invitados a la vida heroica, uno tiró para fuera, trazando

la ruta de lo social, mientras el otro giró hacia dentro, explorando las intimidades de la conciencia. Con este movimiento excéntrico definen ambos, tajantemente, las dos posiciones paradigmáticas que los humanos *zoon politikon* tenemos que adoptar, necesariamente, en nuestra obligada coexistencia con nuestros semejantes. O somos, más o menos, liberales o somos, más o menos, socialistas. Por un lado, el mercado libre, la desigualdad, la competencia. Por el otro, la justicia, el orden, la seguridad. En el fondo, natura contra cultura, sociedad abierta vs. sociedad cerrada. He ahí los polos entre los que pendula el curso de la historia, y que estos dos peruanos ilustres encarnan, por su propio estilo personal, a conciencia. Más apolíneo el uno, más dionisíaco el otro, se consumieron ambos en el fuego de la esperanza mantenida en vilo esforzadamente. Los dos fueron agonistas, protagonistas del drama de su propia vida. Seres insólitos auténticamente socráticos, oficiaron de tabanos en un pueblo más bien sumiso y reconcentrado, incitándolo, provocándolo, invitando a cada uno de sus miembros, a escuchar el apotegma de PÍNDARO: "Atrévete a ser el que eres". Consecuentes hasta el final, ambos mueren, como vivieron, humildemente, esto es con decoro y dignidad, para ejemplo de generaciones venideras. Invoco a los mares de PLUTARCO para que un espíritu piadoso resalte y coteje un día, paralelamente, la vida de estos humanistas egregios.

Con el psicoanálisis ocurrió algo distinto que con el marxismo. Por lo pronto, aquél no se presentaba como un partido político ni exigía una cosmovisión totalizadora de la vida humana. DELGADO encontró en FREUD un moderno conquistador de la psique, un investigador audaz

que descubría estratos de la subconciencia -tal era el término elegido por DELGADO para denominar lo que hoy entendemos por inconsciente- que hasta entonces había permanecido encubierto por la represión. Siempre el acecho de novedades, entró de lleno, apasionadamente, por el flamante camino. Pero hemos de recordar aquí que DELGADO fue también uno de los primeros importadores de la malarioterapia y el luminal, del cardiazol, de la insulina y el electrochoque, del bombeo del líquido cefalorraquídeo y de los psicofármacos. Era, en este sentido, un hombre de avanzada. Estaba, como se dice ahora "al día" con los últimos adelantos de la ciencia y de la técnica. Y lo estaba con el doble anhelo de perfeccionar sus instrumentos terapéuticos y de servir más y mejor al prójimo doliente. Por eso abrazó con ardor juvenil la causa del psicoanálisis, creyendo hallar en ella, durante años, la *vía regia* que conduciría a quintaescenciar la espiritualidad del individuo y asegurar la salud del cuerpo y del alma. Y por eso lo abandonó cuando ya no lo juzgó serio ni conveniente para el logro de sus propósitos de médico psiquiatra.

Otro punto aclaratorio de la cuestión: DELGADO nunca pasó de ser un mero importador, difusor y usuario transatlántico del producto psicoanalítico. Quiero decir que jamás se analizó reglamentariamente, no formó parte activa del núcleo central de adherentes al movimiento ni se ajustó a la ortodoxia que desde un principio le impuso FREUD a éste. Celoso de su independencia, acostumbrado a cincelar su perfil paso a paso, mal podría avenirse DELGADO a militar como acólito de un movimiento, por más científico que pareciera ser. Su andadura fue siempre típicamente individual, característica de un librepensador. Sin duda que tuvo

ayudas y tomó prestadas ideas y concepciones del mundo ajenas, pero jamás dejó que éstas lo desviaran de su meta personal; todo cuando leía o escuchaba lo hacía objeto de atenta observación y crítica. Es más, no sintiéndose obligado a guardar la disciplina del grupo de iniciados, DELGADO estableció relaciones con algunos disidentes, sobre todo con ADLER, JUNG y RANK, cosa que le reprochó FREUD en alguna carta. No cabe decir, pues, que DELGADO le fue infiel a FREUD, ni que hubo deserción o apostasía en su alejamiento. Por la correspondencia que mantuvieron entre ambos del 19 al 34 -y de la cual se conservan unas pocas muestras procedentes de Viena- se patentiza un trato respetuoso y cordial, aunque libre de los compromisos y consignas que de ordinario presiden la supeditación del discípulo al maestro. En fin, DELGADO nunca dejó de ser psiquiatra para trabajar como psicoanalista; utilizó el psicoanálisis para enriquecer y vivificar el cuerpo exangüe de la psiquiatría de entonces, y lo hizo hasta donde consideró que era necesario, adecuado y oportuno.

En fin, un factor más, éste ya de raigambre histórica. Imaginemos, a retrotiempo, la Lima de comienzos de siglo. Habitábanla entonces una minoría selecta, muy rica en bienes y cultura, extremosamente conservadora, y una gran masa inculta de bajo nivel económico y social. Sin duda, la tierra no estaba todavía en sazón; le faltaba el humus de la clase media, necesario para que prendiera en ella la simiente novedosa del psicoanálisis. De poco valieron los esfuerzos heroicos de Honorio DELGADO, su prédica intelectual cayó en el vacío y sintiéndose carente de aientos locales, debió darse cuenta de que había marrado el camino. Andando el tiempo, no faltaron aquí co-

terráneos suyos que le hayan reprochado haber entorpecido el desarrollo del psicoanálisis en el Perú. Me parece hoy un cargo gratuito. No es lícito homologar el caso de DELGADO en la Lima de 1915 con el de CÁRCAMO y GARMA en el Buenos Aires de 1938. Media entrabos una enorme distancia ecológica y temporal. Honorio DELGADO se anticipó en su época; fue, en verdad, un fenómeno extemporáneo, una especie de mutación (vista en perspectiva psicoanalítica institucional, fallida como acontece con las más de las mutaciones). Ingrato destino el de los precursores...

De todo lo dicho se infiere que el distanciamiento, que ocurrió hacia 1928, no fue tan dramático e inesperado como a primera vista pudiera suponerse. No creo que hayan influido en su crisis razones íntimas, emocionales, resultado del intento de autoanálisis o autognosis que DELGADO habría practicado consigo mismo. Más que el miedo a la liberación de sus demonios instintivos -hipótesis que sugiere SEGUÍN- hay que apelar a razones de índole filosófica y existencial. Por su idiosincrasia, DELGADO no pudo reducirse a ser miembro de una organización internacional regida sectariamente por estrictos ritos de iniciación, dogmas y jerarquías, medio laicas y medio sacerdotales. Además rechazaba de plano el agnosticismo de FREUD, muy ostensible a partir de *El porvenir de una ilusión*, trabajo aparecido precisamente en 1927. A DELGADO no le satisface la preocupación hebrea por el origen (*arjé*), ni siquiera la versión mítica del modelo arqueológico que armó JUNG. Como buen cristiano retoma el camino de la trascendencia, que instaaura en espiral un proceso de superación, y termina desembocando en la filosofía de la existencia. En el horizonte

delgadiano, FREUD cede el paso a Karl JASPERS. Siguen siendo el dinamismo y la evolución las categorías fundantes del conocimiento antropológico y cosmológico. Todo en el Universo va camino de una creciente diferenciación y complejidad. Hasta la materia de los físicos se está disolviendo a los ojos del observador. El ser del hombre -criatura descabalada, incompleta- es inaccesible a la especulación científica (por lo menos, tal como la entendemos hoy por hoy). No es legítimo, pues, reducirlo a una lucha sórdida de pulsiones sexuales y agresivas en la que no hay lugar para la libertad. DELGADO hace suyas las palabras de JASPERS: "La existencia humana no se basta a sí misma; se dirige por encima de sí, a lo que no es susceptible de convertirse en cosa del mundo, aunque se da en el mundo. Lo objetivo y lo subjetivo de la realidad humana se superan y esclarecen a nuestro sentido íntimo en la trascendencia, no pasible de reducirse a formulas, rutilantes si en fugaces símbolos que elevan al hombre a la cúspide de lo que promete su calidad de criatura creadora".

Para terminar, una confesión personal a guisa de excusa. Yo no tuve maestros; nadie me reconoció como discípulo. Sí, en cambio, confieso que hubo en el curso de mi vida cuatro hombres que, de modos muy disímiles, me sirvieron de guías o referentes. El primero fue Adolfo APONTE, mi segundo padre, el hombre que accedió al griego y al latín en la campaña del Paraguay arrasada por la Guerra de la Triple Alianza. A su lado aprendí a ser liberal: mantenerse abierto, sin asustarse mayormente, a las contradicciones de la vida, dando por supuesto que ésta, la vida, florece precisamente en medio de las diferencias y el disenso, y que vale la pena entregarse a ella cuando

uno logra cimentar su conciencia con el diálogo. Después vino Andrés RIVAROLA, que me inició en la clínica psiquiátrica, invitándome a ser acompañante de su peregrinación médica. Andrés RIVAROLA entraba en los patios inmundos, deletéreos del viejo Manicomio Nacional de Asunción con el espíritu de San Francisco. Anidaban en su alma la sabiduría y la vocación de sanador, la bonhomía y la reciedumbre física y moral de los elegidos para ser profetas. Más tarde, allá por los 30 años de edad -extranjero en mi patria, la Argentina, por azares de la política- vine a aprender lo que no había que hacer. Lo conocí entonces a Gregorio BERMANN, al que admiré por su gallardía, por su postura de caballero andante, siempre dispuesto a desfacer entuertos y a luchar por nobles ideales, y de quien me alejé para no politizar mi arte y para fundar una publicación periódica que afirmara los fundamentos científicos de la psiquiatría.

Y por fin, Honorio DELGADO, el hombre que hoy nos convoca desde la eternidad. Aquí está él, presente de cuerpo

entero, fruto de sus propias obras, hombre de una sola pieza, consecuente hasta con su nombre y apellido. Siento un alto respeto por ese varón que, sin alardes ni forcejeos mezquinos, supo congeniar amablemente, inteligentemente, las antinomias de la existencia, forjando de ellas y con ellas renovadas ideas y proyectos. Cabe disentir de ciertas posiciones políticas y filosóficas que sustentó Don Honorio a lo largo de sus muchos años. Es comprensible, asimismo, que algunas personas no hayan compartido su manera de ser, austera, más bien parca y de refinado aristocraticismo y conserven de él un recuerdo sesgado por la antipatía. Pero lo que no se puede negar es el impulso extraordinario que le dio a la psiquiatría peruana y al ahonde psicológico en general. Cifra de hombría y genialidad, Honorio DELGADO luce hoy en el escenario mundial de las ciencias de la conducta y en el corazón de los que tuvimos la suerte de conocerlo. Por eso, en este día memorable del 26 de septiembre de 1992, a los cien años de su nacimiento en Arequipa, me asocio, emocionado, a esta celebración, pidiendo para él piedad y gratitud.